

## El movimiento del 68. Testimonio y Reflexiones"

*Adolfo Sánchez Vázquez\*\**

Nos reunimos hoy aquí, a los veinticinco años del movimiento estudiantil del 68 justamente en esta Facultad que tan activamente participó en él. Diariamente nuestros estudiantes acudían al auditorio al que decidieron por entonces ponerle el nombre de "Che Guevara". De aquí salían a todas horas un enjambre de brigadistas a las calles de la ciudad a propagar los objetivos del movimiento, y buscar la solidaridad de diferentes sectores sociales. De aquí salían también para las grandes manifestaciones que conmovían a la capital. Y de sus asambleas en los salones de clase partían hacia el Consejo Nacional de Huelga los delegados en los que, democráticamente, se ponía la confianza para estar a la altura, a la gran altura, del movimiento. Como profesor de la Facultad de Filosofía y Letras, y al igual que la mayoría de mis colegas, tomé parte en las actividades de apoyo y solidaridad en todo aquello que los estudiantes consideraban necesario, pero siempre consciente, por mi parte, de que los protagonistas eran ellos, nuestros estudiantes y de que a nosotros, los profesores, sólo nos correspondía tocar el segundo violín, y, en muchos casos tomar las lecciones políticas y morales que nuestros alumnos daban aunque sin renunciar a la opinión propia e incluso a la crítica.

\* Jornadas del 68. Experiencia, Balance y Trascendencia. xxv años. Ponencia presentada el 24 de septiembre de 1993. Aula Magna de la Facultad de Economía UNAM. Seminario de *El Capital*. Intervención, con ligeras variantes, en los actos conmemorativos del Movimiento del '68 en la Facultad de Filosofía y Letras y Facultad de Economía de la UNAM (13 de octubre y 24 de noviembre de 1993, respectivamente).

Facultad de Economía UNAM

Debo agregar a esto que, entre mis deudas personales con el movimiento del 68 está –como lo he reconocido en el prólogo correspondiente- el haberme impulsado a escribir uno de mis libros la *Ética* que, desde su aparición, ha contado con la acogida favorable de los maestros y estudiantes de Escuelas Preparatorias y Colegios de Ciencias y Humanidades.

Finalmente, antes de exponer algunas reflexiones sobre la naturaleza, alcance y valor del movimiento, quisiera traer a nuestra memoria los nombres de algunos universitarios, vinculados estrechamente al movimiento, todos ellos fallecidos. El primero es del ingeniero Javier Barros Sierra, a quien recuerdo con emoción y vi, con toda su grandeza, en la gran manifestación de los primeros días de agosto. Al encabezarla, desafiando al poder público, dio con su conducta ejemplar un giro decisivo al movimiento. El segundo es el del Doctor Eli de Gortari, quien por formar parte de la Coalición de Profesores que apoyaba al Movimiento, fue encarcelado y sufrió todo el rigor de una represión, cuyas secuelas le marcaron hasta su muerte. El tercer nombre es el del Doctor Wenceslao Roces, viejo amigo y compañero del exilio español, al que recuerdo participando en todas nuestras reuniones de la Facultad y tomando la palabra con fogosidad juvenil a sus 72 años en una concertación de estudiantes y maestros cerca de la Rectoría. El cuarto nombre es el del entonces alumno de letras clásicas, Ignacio Osorio, que conjugaba su serenidad clásica también con su impulso encendido al movimiento. A todos ellos, desaparición, dos en los últimos cinco años, los recuerdo en este momento o ejemplos que habría que multiplicar por cientos de maestros y alumnos quienes se honraban a sí mismos con su comportamiento en jornadas del 68 y a su vez, honraban al movimiento estudiantil.

Y ahora expondré algunas reflexiones sobre el 68.

El año en que nace, se despliega y llega a su fin el movimiento estudiantil en México, es un año -a escala internacional- de acontecimientos: los dos bloques de potencias que se han repartido la hegemonía mundial, tensan sus fuerzas, su voluntad de dominio, sólo en el terreno económico y político sino también en el militar, la guerra de Vietnam, el uno, y con la invasión de Checoslovaquia otro. Pero 1968 es también, a esa misma escala, el año de los movimientos estudiantiles, tanto en los países del llamado Primer Mundo Estados Unidos, Francia, Alemania como en los llamados social -Checoslovaquia, Yugoslavia-, y, finalmente, en la periferia, como es el caso de México.

No puede afirmarse que entre esos movimientos existiera una conexión orgánica, pero sí que por algunos rasgos particulares por la composición juvenil u estudiantil de las fuerzas sociales que se

rebelaban contra el *statu quo* tenían un aire de familia. Pero, junto a sus semejanzas, sus diferencias eran notables. Ciertamente, ninguno tuvo un carácter tan festivo como el del Mayo francés ni tan trágico como el de México. En todos ellos estaba presente la figura paradigmática del Che Guevara, pero no en todos se daba el radicalismo maoísta que seducía a los estudiantes franceses, ni calaban tan hondamente como calaron en los *campus* de California las ideas de los que aquí, desde la silla presidencial, fueron estigmatizados -teniendo presente a Marcuse- como "filósofos de la destrucción". En verdad, el movimiento estudiantil de México no podía ser totalmente ajeno a lo que estaba sucediendo en el mundo. Pero, sus causas y raíces, así como sus características básicas, surgían de un fondo propio, nacional, y por ello también tuvo con la masacre de Tlatelolco- un final propio, autóctono, que sólo puede explicarse por la historia política de los últimos decenios y por la naturaleza del poder, entresijos de la política y la peculiaridad de las relación entre Estado y sociedad en México.

Pero, centremos nuestras reflexiones en el movimiento de los estudiantes mexicanos para tratar de apresar algunos de sus rasgos fundamentales, tal como se nos presentan hoy, después de pasar por el filtro de 25 años, e independientemente del grado de su coincidencia o divergencia de esos rasgos respecto de otros movimientos estudiantiles de la misma época. Y la primera pregunta que nos asalta, con este motivo, tiene que ver con la caracterización del movimiento del 68 en México: ¿Cómo calificarlo? ¿Fue revolucionario, reformista, democrático, propiamente estudiantil o popular? Al hacernos esta pregunta no tenemos presente los deseos de éste o aquel grupo, sus intenciones implícitas, sino lo que el movimiento proclamó públicamente como objetivos suyos y lo que efectivamente, al tratar de cumplirlos, fue. Pero, antes de caracterizarlo así, procuremos hacerlo por lo que, a nuestro juicio, no era.

*¿Revolucionario?* No era, no podía ser revolucionario, ya que no proponía -ni podía- cambiar radicalmente las estructuras del sistema, y no sólo la política o la supraestructura que fue el cauce por el que discurrieron sus acciones, sino las bases económicas y sociales mismas. Ni contaba, ni podía contar, con las fuerzas sociales necesarias para ello. Naturalmente, esto no podía excluir, ni excluyó en la realidad, que se dieran grupos aislados que, tomando sus deseos por realidades, creyeran que estaban dadas las condiciones necesarias para que el movimiento fuera revolucionario. De ahí que, consecuentemente gritaran: "¡No queremos apertura, queremos revolución!". Y no en declarara que para ello había que recurrir a las armas. Por semejante sujeto resultó ser a la postre un provocador.

*¿Reformista?* Si por reformismo se entiende buscar caminos dentro del sistema, tanto en la base como en la supraestructura, sin rebasar el marco estructural, el movimiento no era reformista, pues tal tipo de cambios rentaba en su proyecto.

*¿Democrático?* Si por tal se entiende un movimiento que pone en primer plano la reivindicación de la democracia, limitada o negada por el Estado autoritario, este objetivo que habría de ser central más tarde y como fruto del propio movimiento no estaba entonces en ese primer plano. Y es que la democracia no era valorada por la izquierda que impulsaba el movimiento ni constituía para la sociedad el objetivo prioritario que, frente al autoritarismo y el partido de Estado, es hoy.

*¿Estudiantil?* Es innegable que por sus lugares de nacimiento y desarrollo, por la composición de sus participantes y dirigentes, fue un movimiento estudiantil en un sentido amplio, no sólo universitario de una u otra institución, ya que en él participaron estudiantes de escuelas preparatorias y vocacionales, la UNAM y el Politécnico universidades privadas y el Colegio de México. Sin embargo, nadie podría afirmar que sus reivindicaciones eran propiamente estudiantiles. Los estudiantes en cuanto tales no pedían nada para ellos; nada que mejorara o beneficiara su situación. No es que eso no fuera legítimo, como lo había sido en movimientos anteriores y habría de serlo en otros posteriores. Ahora bien, el movimiento del 68 era de estudiantes, pero no *para* los estudiantes. Estos lucharon decididamente y algunos murieron no por algo que respondía a intereses particulares, corporativos, sino por reivindicaciones que beneficiaban a toda la comunidad. Al participar en las manifestaciones que estremecieron a la ciudad, al acercarse a otros sectores de la sociedad, no lo hacían movidos por reivindicaciones propiamente estudiantiles, sino asumiendo o encarnando un interés común, de todos. En rigor, por sus objetivos y demandas, el 68 no era un movimiento estudiantil. Y recuerden cómo esta despreocupación por las cosas propias de su *condición* de estudiantes, les era reprochada aviesamente por la prensa reaccionaria, ya que *no correspondía a la imagen que proyectaba del "buen estudiante"*, egoísta, indiferente, ante los problemas que consideraba ajenos a ellos; o sea, los de la comunidad. Con todo, aunque el movimiento del 68 no era estudiantil por sus objetivos y aspiraciones, sí lo era por su composición ya que los estudiantes constituían su fuerza principal. Fueron ellos los que lo organizaron e impulsaron con autonomía e independencia respecto de cualquier organización o partido político. Hasta qué punto esta autonomía o autosuficiencia, mantenida celosamente hasta el último momento condujo a su aislamiento y selló en parte su destino final, es una cuestión importante que no abordaremos en este momento.

*Notas*  
149

*¿Popular?* Como sabemos, en el curso del movimiento, éste llegó a ser denominado estudiantil-popular. Ya hemos dicho en qué sentido 10 era estudiantil. Pero, ¿popular? Depende del sentido en que empleemos el término. Podemos emplearlo en estos tres: 1) Si se quiere decir con ello que el movimiento respondía por sus reivindicaciones a los intereses de la comunidad o pueblo que engloba a profesores y estudiantes, profesionistas y empleados, clases medias y trabajadoras de la ciudad y del campo, es innegable que era popular 2) Si se tiene en cuenta que el movimiento por la amplitud de la respuesta y la aceptación que tuvo, así como por el apoyo y respaldo encontró en amplios sectores de la sociedad, particularmente, en medios intelectuales y profesionales, en anchas franjas de las medias y en sectores -no tan amplios- de los trabajadores organizados puede reconocerse su carácter popular. Y 3) si lo popular mide por el grado de participación activa del pueblo, hay que admitir que éste quedó al margen del movimiento. Incluso los intentos de incorporar como aliados a los trabajadores fracasaron. El "movimiento obrero organizado" en manos de sus dirigentes sindicales "charros", declararon la guerra a los estudiantes que, llenos de ilusiones, pretendían acercarse en los centros de trabajo a los obreros, sin que éstos, maniatados por su organización sindical, mostraran su disposición a escucharlos y, menos aún, a apoyarlos. Hay, ciertamente, excepciones. Las de los trabajadores de los sindicatos independientes que se habrán zafado del autoritarismo y la corrupción del sindicalismo oficial. Por cierto, esta separación de los estudiantes y trabajadores no fue exclusiva del movimiento estudiantil mexicano, sino que fue también una característica de los movimientos de otros países con la excepción de Francia, donde 10 000,000 de obreros respondieron con una huelga a las exhortaciones de los estudiantes parisinos.

¿Qué es, pues, el movimiento del 68 en México, si no es -dándole a los términos el sentido adecuado- ni revolucionario, ni reformista, ni democrático, ni popular? Fue, empleando un calificativo que tiene más resonancias bakunianas que marxistas, un movimiento antiautoritario; o sea: contra la autoridad o el poder que se ejerce o abusa en actos concretos y mediante sus instituciones (o aparatos) estatales. Veamos si no el pliego petitorio que nunca fue modificado ni ampliado a lo largo del movimiento.

¿Qué es lo que reclama con él?: 1) la libertad de los presos políticos (que la autoridad ha encarcelado injustamente); 2) la derogación del Código Penal con el que se justifica la represión; 3) la desaparición del Cuerpo de Granaderos con el que el poder la lleva a cabo; 4) la destitución de los jefes policiacos que han dirigido la represión; 5) el

deslinde de las responsabilidades de la autoridad (de sus funcionarios) en los actos represivos, y 6) la indemnización a las víctimas de la represión.

Se trata, pues, de reivindicaciones que afectaban tanto a la ley y al aparato coercitivo con que la autoridad reprimía, como a los actos concretos represivos que se inician con el que desencadenó el movimiento, y, a consecuencia de los cuales, se exigía a la autoridad el deslinde de responsabilidades y la indemnización a las víctimas. Se cuestiona, por tanto, en el pliego petitorio el carácter represivo del poder en sus manifestaciones concretas. Pero, al hacerlo, se permanece en un plano supraestructural, político, sin tocar la naturaleza de clase ni las raíces sociales y económicas de ese poder. Lo cual permite suponer que, al no ser cuestionado radicalmente, el poder podría haber optado por la negociación e incluso por la atención a demandas cierto modo limitadas, nada radicales. Pero, lejos de seguir esta vía, el poder se atuvo a una lógica cerrada, represiva, que llevaría a la matanza de Tlatelolco. Así pues, dado que no estaba en cuestión la estructura misma del sistema, cabe otra alternativa, distinta de la que el poder escogió. Ahora bien, con base en la experiencia histórica, y particularmente, la más reciente en los países del Este europeo, hay que reconocer que el poder autoritario cree y tal vez con razón que cualquier brecha o ventana nueva, en el viejo y aparentemente sólido edificio, puede llevar al derrumbe del edificio entero. Y eso es también lo que creyó en México el señor presidente, y de ahí su defensa a ultranza del principio de su "autoridad" que desembocó casi inexorablemente en la masacre de Tlatelolco.

Una característica importante de este movimiento, compartida con otros de la época, sobre todo, en Francia y Estados Unidos, es que el cuestionamiento de la autoridad política se extiende a otras formas de autoridad que se dan no sólo en las relaciones entre el Estado y la sociedad, sino en el seno de la sociedad misma: relaciones en la familia, entre los sexos, en la docencia, entre generaciones, etcétera. En todas ellas, el poder, o micropoder autoritario, son impugnados.

No cabe duda de que esta impugnación tenía un atractivo especial para los jóvenes y contribuyó a dar un tono festivo al movimiento, sin que por ello perdiera su dimensión fundamental: la política. Ciertamente, si por esta dimensión el Movimiento atraía a quienes ya había dejado atrás su juventud, por ese componente festivo los jóvenes lo reclamaban como propio y se reafirmaban como tales. De ahí su calificativo de *momiza* dirigido no ya a los viejos, sino incluso a que no siendo ya tan jóvenes aún no eran tan viejos. Y de ahí también cierta mitificación de la juventud como depositaria natural de protesta y del cambio. Los jóvenes de ayer, del 68, y que por consi-

## Notas

151

guiente ya no lo son, pueden advertir que, en muchos casos, siguen siendo más jóvenes, o sea, más fieles al espíritu crítico y de cambio, que los jóvenes que, en Europa, hoy hacen suyas las causas más viejas y detestables: el racismo, la xenofobia y el nacionalismo agresivo y excluyente. ¡Ojo, pues, a las mitificaciones generacionales que pasan por alto los valores de libertad, dignidad y tolerancia, que pueden unir a los jóvenes, maduros y viejos, e ignorar a la vez las divisiones que, en situaciones concretas, imponen la economía, la política y la cultura, a una misma generación!

Pero nos faltaron algunas pinceladas para completar la imagen antiautoritaria del movimiento del 68. Hemos dibujado su perfil político, sin desdorar el trazo festivo del que no se puede prescindir en esa imagen. Pero, no hemos especificado qué tipo de política le interesaba hacer, o se aspiraba que hiciera, el movimiento. La política contra la que reaccionaba el movimiento es la política pragmática y supuestamente realista, que abre un abismo entre la retórica revolucionaria nacionalista y los hechos; la que se decide en la cúpula o a espaldas de la voluntad del pueblo; la que hace del secreto una necesidad y, finalmente, la que sustituye el diálogo y la negociación por la coerción, el soborno o la "transa". Frente a ella, la política que proclama y practica el movimiento es la concordancia entre la palabra y los hechos; la toma de decisiones con la participación colectiva y directa aunque ello signifique reducir el papel de la delegación y representación. Y a todo esto hay que agregar como propio de este modo verdaderamente democrático de hacer política la transparencia, la reivindicación del diálogo público y la eliminación de los compromisos obtenidos a la sombra, aunque esto sea caldo de cultivo de la sospecha, la desconfianza e incluso de la resistencia a la negociación.

En cuanto que el autoritarismo marcaba con su sello la política dominante, y en cuanto que incluso la izquierda no había logrado liberarse, en sus partidos, de hábitos y métodos autoritarios, como lo prueban su subestimación de los valores democráticos y la falta de democracia interna en sus organizaciones, el movimiento del 68 toma su distancia y afirma su autonomía e independencia respecto a los partidos políticos de izquierda. Pero es en el seno del propio movimiento donde se afirma la transparencia, la democracia interna y la sujeción de la dirección a las bases, características que no se encuentran fuera de él. Ciertamente, esto no deja de tener su costo: lentitud en la toma de decisiones, rigidez en los acuerdos adoptados hasta que las bases hablan, lo que se convierte en un lastre que frena la acción. Pero éste es, ciertamente, el costo que impone una política que, al atender sobre todo a los principios, adquiere una profunda dimensión moral. No se trata aquí de una moral al servicio de la política, sino

más bien de lo contrario: de que al oponerse a la corrupción, al engaño y a la "transa", se impregna toda ella de un contenido moral. No es causal que el hombre que encarna la política así concebida -el Che Guevara- esté presente con sus palabras o su imagen en las pancartas de las grandes manifestaciones estudiantiles. Pero, la política no es sólo asunto de moral o fidelidad a los principios sin tomar en cuenta su encarnación en la vida real. Está obligada por ello a medir lo posible, a tener presentes las consecuencias, a no mover las cartas en el tablero del "todo o nada"; en pocas palabras, está obligada a ajustar sus pasos a la razón y a la realidad.

Tal vez el movimiento, por su carácter insobornable, así como por su desconfianza explicable hacia el centralismo y la organización y, en gran parte, por la inexperiencia de sus dirigentes y bases, impregnó su modo de hacer política de un utopismo y moralismo que le llevaron a imponer condiciones ilusorias al diálogo y la negociación.

Sin embargo, aun dentro de este marco, fue el sistema el que rehuyó el diálogo hasta hacerlo imposible al recurrir a la violencia extrema. Con esta violencia, el movimiento fue derrotado en el terreno escogido por la autoridad: el de la fuerza. Pero, aun así, derrotado, no fue inútil. Los logros alcanzados después -y éstos logros arrancados al sistema no pueden dejar de reconocerse, por limitados que sean-, no podrían explicarse sin tener presente que tienen su acta de nacimiento en la profunda conmoción que el movimiento estudiantil del 68 provocó en la historia y la vida política de México.

Pero, tal vez el logro más importante en tiempos en que el desencanto y la desilusión hacen mella en amplios sectores de la izquierda y particularmente entre los jóvenes, es la lección que con su conducta ejemplar en un movimiento abnegado y generoso dieron, en moral y en política, los estudiantes mexicanos hace veinticinco años.